

un autor arábigo; cuando los Cordobeses se encontraban en la calle, se daban el pésame, como se dá á los que han perdido su fortuna y su familia.»

Entretanto Madhí, que había impuesto á la ciudad una contribucion extraordinaria para poder pagar sus tropas, se puso en marcha contra el enemigo. Pero despues de la partida de los Catalanes, su ejército había perdido el valor, y apenas había andado siete leguas, cuando un terror pánico, la idea sola de que dentro de poco tendrían que combatir contra los terribles Berberiscos, le hizo volver á Córdoba. Madhí, tuvo pues que resignarse á esperar los enemigos en la capital, que hizo cercar con un foso y una muralla; pero quería el destino que en lugar de caer por los Berberiscos, cayera por los Eslavos.

Algunos de estos, entre los que Wadhíh ocupaba el primer lugar, servian bajo las banderas de Madhí, pero otros, como Khairan y Anbar, seguian el partido opuesto. Todos conocieron al fin que para alcanzar el objeto de su ambicion, es decir, el poder, su union era necesaria, y resolvieron volver á colocar en el trono á Hixem

II. Decidido este plan, Wadhíh tuvo buen cuidado de fomentar el descontento de los habitantes de Córdoba. Hizo estender los rumores más exagerados sobre la vida desarreglada del «bebedor,» y aunque reprochaba en público los desórdenes que sus soldados se permitían, los favorecía en secreto. Y cuando estos manejos acabaron de quitar al Califa la poca popularidad que le quedaba, Khairam, Anbar y otros generales esclavos del ejército de Soliman ofrecieron sus servicios á Mahdí. Apresuróse este á aceptar su oferta, pero apenas entraron en Córdoba estos pretendidos auxiliares, no tardó en apercibirse de que maquinaban su pérdida, y como no se encontraba en estado de resistirles, resolvió por segunda vez refugiarse en Toledo. Los Esclavos se le adelantaron. El Domingo 23 de Julio de 1010, recorrieron á caballo las calles gritando: «¡Viva Hixem III!» y habiendo sacado á este príncipe de su prisión, lo colocaron en el trono adornado con régias vestiduras.

En este momento Madhí se encontraba en el baño. Informado de lo que pasaba, vuela al salón y vá á sentarse al lado de Hixem, pero Anbar lo coje violentamente

del brazo, y lo obliga á sentarse enfrente de Hixem, que le reprende en los términos mas amargos, los males que le ha hecho sufrir. En seguida Anbar lo coje de nuevo del brazo, lo arrastra á la plataforma y saca la espada para cortarle la cabeza. Madhí lo coje á brazo partido, pero al punto caen sobre él las espadas de los otros Eslavos. Poco tiempo despues, su cadáver yacía en el mismo sitio donde había hecho caer diez y siete meses ántes, el de Ibn-Ascaledja. Elevado al trono por una conspiracion, otra conspiracion le había privado del trono y de la vida.

P.C. Monumental de la Alhambra y General
CONSEJERÍA DE CULTURA



JUNTA DE ANDALUCÍA

XV. (1)

Con un soberano tan débil como era Hixem II, los Eslavos eran omnipotentes. Así Wadhid que quedó de primer ministro, pretendió gobernar á España como su patrono Almanzor, pero desgraciadamente para él, las circunstancias habian cambiado mucho, y Wadhid no era Almanzor. Verdad es, que al principio no encontró oposicion en la capital. La cabeza de Mahdí fué paseada por las calles, sin que se oye-

(1) Nowairi, p. 484-6. Ibn-al-Athir en el año 400; Ibn-Haiyan «apud.» Ibn-Bassam, t. I, fol. 8 v, Rodrigo de Toledo, c. 36-39.

ra un solo murmullo, porque nadie echaba de menos á aquel tirano; pero Wadhíh se había lisonjeado con la esperanza de que los Berberiscos reconocieran también al monarca, á quien había devuelto la corona, y pronto pudo convencerse de cuán quimérica era esta esperanza, pues, cuando les envió la cabeza de Madhí, rogándoles que se sometieran á Hixem, fué tan grande su indignacion, que si no se hubiera interpuesto Soliman para salvar la vida de los que llevaban este mensaje, los hubieran muerto. El mismo Soliman derramó lágrimas al ver la cabeza de su pariente, la hizo limpiar y la envió á Obaidallah, hijo de Madhí, que se encontraba en Toledo.

Desengañado por lo que toca á los Berberiscos, Wadhíh, vió poco despues que tenia enemigos en la misma ciudad. Algunos Omeyas, que no querian la dominacion eslava y creian trabajar en su propio interés, sirviendo el de Soliman, le avisaron secretamente que viniera el 12 de Agosto hasta las puertas de la capital, y que ellos se la entregarían. Soliman prometió venir, pero Wadhíh informado del complot, por Khairan y Anbar, hizo prender á los

conspiradores, y cuando Soliman se presentó bajo los muros de la ciudad el día prefijado, fué atacado bruscamente, y obligado á una precipitada retirada.

Esperando que este descabro había hecho mas tratables á los Berberiscos. Wadhíh entabló nuevas negociaciones con ellos, pero sin resultado, y entre tanto Soliman, pidió ayuda á su antiguo aliado Sancho de Castilla, ofreciendo cederle las fortalezas que Almanzor había conquistado. No sé si eran las mismas que le había prometido ántes, pero lo cierto es que el Conde encontró ahora el modo de estender su territorio, sin tomarse el trabajo de hacer una expedicion á Andalucía. Como las fortalezas en cuestion no se hallaban en poder de Soliman, sino en el de Wadhíh, mandó á decir á este último que, si nó se las cedía, marcharía con sus Castellanos en socorro de los Berberiscos. El asunto pareció tan importante á Wadhíh, que no se atrevió á tomar sobre sí la responsabilidad de su resolucion. Convocó pues á los notables, y habiéndoles comunicado el mensaje de Sancho, les preguntó su parecer. El temor de ver á los Berberiscos reforzados por los Castellanos, hizo callar en los notables el sentimien-

to del honor nacional y respondieron que, en su opinion debía ser otorgada la demanda. En el mes de Agosto ó de Setiembre de 1010, Wadhih concluyó, pues, un tratado con Sancho, y le entregó, al decir de los escritores árabes, mas de doscientas fortalezas, entre las que los cronistas cristianos (1) citan á San Estéban, Coruña del Conde, Gormaz y Osma. Semejante ejemplo era contagioso. Viendo que para obtener plazas fuertes, bastaba con algunas amenazas y palabras mayores, otro conde mandó á pedir las á su vez, diciendo que si nó se las daban iría al punto á reunirse con Soliman. No se atrevieron á negárselas. Así el imperio musulman, presa de la guerra civil, y reducido á la mas completa impotencia, se caía á pedazos. ¿Se felicitarían todavía los Cordobeses de la caída de los Amiridas como en el dia fatal en que con irreflexivo entusiasmo saludaron el rápido triunfo de la revolucion? Lícito es dudario, pero pensáran lo que quisieran en este período, ya no podían volver atrás. En aquellas circunstancias, tenían que re-

(1) «Ann. Compost. Chron. de Cardaña.»

signarse á bajar la cabeza ante los enemigos de su religion, á sufrir el amo que los Eslavos ó los Berberiscos quisieran imponerles, á ser maltratados y saqueados, ya por unos, ya por otros, á aceptar, en una palabra, todas las consecuencias á que se esponen los pueblos que, sin ir á un objeto claramente definido, sin tener una grande y sana idea política ó religiosa que realizar, se lanzan aturdidamente en el torbellino de las revoluciones.

Por el pronto, no fueron ellos sin embargo, los que más sufrieron la ferocidad de los Berberiscos. Despues de haber asediado á Córdoba, durante mes y medio, se habian dirigido contra Zahra, de que se hicieron dueños despues de un sitio de solo tres dias, gracias á la traicion de un oficial que le entregó una de las puertas de la ciudad, (4 de Noviembre de 1010.) Enseguida comenzó la carnicería, y si los Cordobeses hubieran tenido duda sobre la suerte que los Berberiscos les reservaban, las cosas que pasaron en Zahra, les hubieran dado bastante luz sobre este asunto. Casi todos los soldados de la guarnicion fueron degollados. Los habitantes se refugiaron en la Mezquita, pero la santidad del

lugar no impuso á los Berberiscos. Hombres, mujeres y niños, todos fueron degollados, sin distincion. Despues de haber saqueado la ciudad, la incendiaron, y desde entónces esta residencia, una de las mas magnificas de Europa, se convirtió en lo que Zahira, ántes su rival en hermosura, en un monton de escombros.

Durante todo el Invierno, parte del ejército africano, saqueó los alrededores de Córdoba, é impidió que entraran víveres en la capital. Despojados de todo lo que poseian, los habitantes de las campiñas afluián á ella en masa, y su número escedió bien pronto al de los vecinos; pero como todos los géneros estaban carísimos, era imposible mantenerlos, y la mayor parte morian de hambre. El gobierno mismo estaba en la última estremidad, y para procurarse un poco de dinero, Wadhíh tuvo que vender la mayor parte de la biblioteca de Haquen II. (1) Otras bandas recorrian al mismo tiempo las provincias. Las ciudades mas importantes cayeron en sus manos, y por lo comun sufrieron sus ha-

(1) Maccari, t. I. p. 250.

bitantes, la misma suerte que los de Zahra. España presentaba por dó quiera el espectáculo mas aflictivo. Los pueblos estaban desiertos y se podian recorrer durante dias enteros los caminos ántes mas frecuentados, sin encontrar alma viviente.

En el Verano de 1011 la miseria de España en general, y especialmente la de Córdoba, no hizo mas que aumentarse. Esta desventurada ciudad, que asolaba la peste, (1) parecía complacerse en agravar sus males con la discordia. Los soldados atribuian á Wadhid las calamidades que sufrían, y el general eslavo Ibn-Abi-Wadad, enemigo personal del ministro fomentaba su descontento. Ultrajado en público, y conociendo que era insostenible su posicion, Wadhid encargó á un tal Ibn-Becr de que fuera á hacer proposiciones de paz á Soliman. Este paso escitó la mas viva indignacion. Cuando Ibn-Becr, que había tenido una conferencia con el anti-Califa, estuvo de vuelta y se presentó en la sala del Concejo, los soldados se precipi-

(1) Ibn-Hrzum, «Tratado] sobre el amor,» fól. 106 r.; cf. Rodrigo c. 28.

taron sobre él, y sin darle tiempo á comunicar la respuesta que había recibido, lo asesinaron en presencia del Califa y de Wadhíh. Este resolvió entónces refugiarse entre los Berberiscos, pero Ibn-abí-Wadaa que se había apercebido de este proyecto, le impidió ejecutarlo. Reuniendo á sus soldados, penetró con ellos en el palacio del ministro, y le gritó: ¡Miserable, tú has derrochado el dinero de que tenemos tanta necesidad, y has querido vendernos y entregarnos á los Berberiscos! y le hirió con su espada; sus soldados hicieron otro tanto, y á los pocos momentos paseaban su cabeza por las calles, y saqueaban las casas de sus partidarios, mientras que su cadáver yacía donde yacieron los de Madhí é Ibn-Ascaledja, (16 de Octubre de 1011.)

Todavía pasaron año y medio ántes que los enemigos vinieran á quitar á los Esclavos y á los Cordobeses el trabajo de asesinarse mutuamente. En este intervalo, Ibn-abí-Wadaa gobernó la ciudad con firme mano y severidad inexorable. Secundábale activamente el clero, que proclamó guerra santa, la guerra contra los Berberiscos. Alguna vez, los de dentro conse-

guian ventajas. En el mes de Mayo de 1012 cayó en sus manos un ilustre guerrero berberisco. Era Hobasa, sobrino de Zawi. Hiriendo á diestro y siniestro, se había metido en lo mas récío de la pelea, cuando se aflojó la cincha de su caballo, y cuando se bajaba para apretársela, un esclavo cristiano lo desmontó de un lanzazo vigoroso. Otros esclavos lo remataron. Su hermano Habbuz, trató entónces de disputar su cadáver á los enemigos, pero estos lo rechazaron despues de un combate encarnizado. Los Esclavos llevaron en triunfo á palacio la cabeza de Hobasa, y abandonaron su cuerpo á los insultos del populacho, que despues de haberle mutilado y arrastrado por las calles, lo entregó á las llamas. Los Berberiscos se pusieron furiosos. «Vengarémos á nuestro capitan, gritaron, y nó tendrémós bastante con derramar la sangre de todos los Cordobeses. (1) Redoblaron, pues, sus esfuerzos; pero la desesperacion había prestado á los Cordobeses fuerzas sobre humanas, é Ibn-abí-

(1) Ibn-al-Khaliib, artículo sobre Hobasa, ms. G. fól. 124.

Wadaa, hizo una salida tan vigorosa, que obligó á los enemigos á levantar el sitio. Supo tambien rechazarlos de Sevilla, pero no pudo evitar que tomaran á Calatrava, y no tardaron en volver ante los muros de la capital. Apesar de la resistencia desesperada de los Cordobeses, lograron cegar el foso, lo que los puso en estado de apoderarse de la parte oriental de la ciudad. Una vez mas pareció que la fortuna quería favorecer á los Cordobeses, pues que obligaron á sus enemigos á evacuar el barrio de que se habian hecho dueños. Pero este fué su último triunfo. El Domingo 19 de Abril de 1013, los Berberes entraron en la ciudad por la puerta del arrabal de Secunda, que un oficial que se había vendido, les entregó.

Córdoba pagó su larga resistencia con torrentes de sangre. Habiéndose retirado los Eslavos cuando se perdió toda esperanza, los Berberiscos se pusieron á recorrer las calles lanzando gritos feroces. Aquí saqueaban, allá violaban, asesinaban en todas partes. Los hombres mas inofensivos eran víctimas de su ciega furia. Aquí, el anciano Said ibn-Mondhir, que había sido prior de la mezquita principal desde los tiempos

de Haquen II, famoso por su religiosidad y su virtud; (1) allí, el desdichado Merwan, de la noble familia de los Beni-Hodalr, que había perdido la razón á consecuencia de un amor desgraciado (2) Mas allá, yacía el cuerpo del sábio Ibn-al-Faradhi, autor de un precioso diccionario biográfico y que había sido Cadí de Valencia en el reinado de Mahdí. El voto que había hecho en un momento de entusiasmo religioso, se había cumplido, había obtenido la palma del martirio. (3) Las víctimas, fueron tan numerosas que ni siquiera se trató de contarlas. Pronto el incendio vino á alumbrar con su luz siniestra estas escenas horribles. Los mas hermosos palacios, fueron presa de las llamas. «Al fin he sabido, escribía mas adelante Ibn-Hazm, (4) lo que se ha hecho de mi soberbio palacio de Bilat-Moghit. Un hombre que vino de Córdoba me lo ha contado: me ha dicho que no quedan de él

(1) Ibn-Hazm, «Tratado sobre el amor,» fóllo 38 r. y v.

(2) El mismo, fól. 96 r.

(3) Ibn-Bassam, t. I. fól. 161 r.; Maccari, t. I, p. 546.

(4) Véase su «Tratado sobre el amor,» fól. 87 r. 88 r.

mas que ruinas. Tambien ¡ay! sé lo que ha sido de mis mugeres, unas están enterradas, otras llevan una vida errante en lejanos países.»

Dos dias, despues de la toma de la ciudad, Soliman fué á tomar posesion del palacio del Califa. Todos los Cordobeses que por una casualidad cualquiera habían escapado á la espada de los Berberiscos, vinieron á colocarse á su paso. Asustados y malferidos hasta el fondo del corazon, por los horribles espectáculos que habían pasado á su vista, se forzaban sin embargo en gritar: ¡viva el Califa! Soliman supo apreciar en su justo valor este entusiasmo fingido. «Me desean larga vida, dijo, valiéndose de las palabras de un antiguo poeta, pero me matarían si me tuvieran en su poder.» (1)

Cuando llegó á palacio mandó venir á Hixem II.

—Traidor, le dijo, ¿no habías abdicado en mi favor y me habías prometido no pretender el trono? ¿Por qué has faltado á tu palabra?

(1) Ibn-al-Abbar, p. 164.

—¡Ay! le respondió el pobre hombre juntando las manos; bien sabéis que no tengo voluntad y que no hago más que lo que me mandan. Pero perdonadme, os lo suplico, porque os declaro de nuevo que abdicó y que os nombro mi sucesor.

Los Berberiscos se establecieron al principio en Secunda, pero tres meses después, todos los habitantes de Córdoba á escepcion de los que vivían en arrabal oriental y en el barrio que se llamaba de la Ciudad, fueron sentenciados á destierro y confiscados sus bienes en provecho de los vencedores que ocuparon entónces las casas que habían escapado del incendio. (1)

(1) Abd-al-wahid, p. 28; Ibn-Hazm, fól. 102, r.; Ibn-Bassan, t. III, fól. 10 y sig.

XVI. (1)

Desde el principio de la guerra civil, muchos gobernadores se habían declarado independientes; la toma de Córdoba por los Berberiscos, dió el último golpe á la unidad del imperio. Los generales eslavos se apoderaron de las grandes ciudades del

(1) Ibn-Haiyan «apud» Ibn-Bassam, t. I, fól. 6 v.-24 r., 120 r., 122 v., 127 v.-129 r., 9 r. y v.; Maccari, t. I, p. 315-319; Abd-al-wahid, p. 35-38; Ibn-al-Athir, en el año 407; Nowairi, p. 486-490; Ibn-al-Khatib, artículo sobre Alí-Ibn-Hammud; man. E.; Ibn-al-Abbar, p. 160, 161. Compárense con Rodrigo, c. 40-44, y mis «Recherches» t. I, p. 238-241.

Este; los jeques Berberiscos, á quienes los Amiridas habian dado féudos ó provincias que gobernar, gozaban tambien de una completa independendia, y las pocas familias árabes que eran todavía bastante poderosas para hacerse valer, no obedecian tampoco al nuevo Califa, de modo que la autoridad de este no se estendía mas que á cinco ciudades considerables, Córdoba, Sevilla, Niebla, Oczonoba y Beja.

Y había pocas esperanzas de que cambiara este estado de cosas. Los Berberiscos se habian apresurado á gozar las riquezas adquiridas en el saqueo de la capital y de muchas otras ciudades, y el mismo Soliman, aunque forzado á hacer la guerra durante cuatro años, no era belicoso en manera alguna. Por un raro contraste, este jefe de las hordas feroces que habian devastado todo el imperio, era un hombre recto, dulce y generoso. Amaba las letras, hacía buenos versos, y tenía en el amor una ternura, una sumision y una galantería enteramente caballerescas. Todo lo que deseaba era contribuir en todo lo que estuviera de su parte, á que siguiera un poco de calma á la tempestad. Pero desgraciadamente para él, las crueldades de

sus tropas, de que había sido testigo sin poderlas impedir, (pues que no las mandaba sino á condicion de ejecutar lo que ellas querian) lo habian hecho sumamente impopular. Para los Andaluces era un hombre sin fé ni ley; un impío, un descreido, un usurpador que había sido colocado en el trono por los Berberiscos, y los cristianos del Norte, es decir, por dos pueblos á quienes odiaban; y cuando tuvo la imprudencia de enviar á las diferentes ciudades cartas en que les decia que las trataría como había tratado á Córdoba si se negaban á reconocerlo, se elevó contra él un concierto de maldiciones. (1) «Que Dios no tenga piedad de vuestro Soliman, pues que ha hecho todo lo contrario de aquel de que habla la Escritura. (2) El uno encadenaba á los demonios, el otro los ha soltado, y se han repartido en su nombre por nuestro país, para saquear nuestras casas y para asesinarnos.» «Hé jurado, añadía, hundir mi espada en el pecho de los tiranos, y devolver á la religion el

(1) Ibn-Bassam, t. I, fól. 6 r. y v,

(2) Sábese que Soliman es la forma arábiga de Salomon.

esplendor perdido. ¡Qué extraño espectáculo! ¡Hé aquí á un descendiente de Abd-Chams que se ha hecho Berberisco, y que ha sido coronado á despecho de la nobleza! ¡Pues bien! puesto que puedo elegir, no quiero obedecer á mónstruos. Me entrego á la decision de la espada: si sucumben, la vida tendrá nuevos encantos para mí, y si quiere el destino que yo sea el que perezca, tendré al menos la satisfaccion de no ser testigo de sus maldades!» (1)

Tal era la opinion de los Andaluces, y tambien la de los Eslavos, que en las oraciones públicas continuaban nombrando á Hixem II, aunque Soliman les hubiere suplicado alguna vez que le sustituyeran el suyo, asegurándoles que se contentaría con esta especie de homenaje, sin exigirles mas. (2) Y sin embargo, no estaban seguros de que Hixem viniera todavía. Acerca de la suerte de este monarca corrian los rumores mas contradictorios. Unos decian que Soliman lo había hecho matar, otros que lo habían encerrado en un calabozo de palacio. Esta última asercion era la que tenía

(1) Maccari, t. I, p. 280.

(2) Véase Ibn-Hassam, t. III, fól. 5 r.

mas crédito, porque cuando un usurpador hacía morir á aquel á quien arrebatava el trono, acostumbraba de ordinario á enseñar su cadáver al pueblo y Soliman no había enseñado el de Hixem á nadie. (1) Los Eslavos continuaban pues combatiendo en nombre de este soberano. El mas poderoso de ellos, era Khairan. Cliente de Almanzor que lo había nombrado gobernador de Almería, (2) emprendió la fuga cuando los Berberiscos entraron en Córdoba, pero perseguido por ellos, tuvo que aceptar el combate. Abandonado de sus tropas que huyeron y acribillado de heridas, quedó por muerto en el campo de batalla; pero habiendo recobrado bastantes fuerzas para poder andar, volvió á Córdoba donde un amigo que tenía entre los vencedores le dió hospitalidad y lo proveyó de dinero despues de su curacion, de modo que Khairán pudo volverse al Este. Entónces muchos Eslavos andaluces vinieron á alistarse en sus banderas y despues de un sitio de veinte dias se apoderó de Almería. Encontró además un poderoso aliado en uno de los generales de Soliman.

(1) Véase «Abbad,» t, I, p. 222.

(2) Maccari, t. I, p. 102.

Este general se llamaba Alí-ibn-Hammud, Descendía del yerno del Profeta, pero como su familia hacía dos siglos que se había establecido en África, se había berberizado, de modo que, él mismo hablaba el árabe bastante mal. Gobernador de Céuta y de Tanger, mientras que Casim, su hermano mayor, lo era de Algeciras, era casi independiente en su provincia; sin embargo su ambicion no estaba satisfecha, pues era tal que solo podía contentarse con el trono. Para alcanzarlo no había mas medio que aliarse con los Eslavos y para esto se dirigió á Khairan. Para ganárselo inventó un cuento muy singular. Pretendía que Hixem II había leído en un libro de profecías que despues de la caída de los Omeyas, reinaría en España un Alida, cuyo nombre había de comenzar con la letra «ain» y añadía: «Hixem oyó pues, hablar de mí despues de la toma de Córdoba y desde su prision me envió uno que me dijera:—Tengo el presentimiento de que el usurpador ha de quitarme la vida, 'os nombro mi sucesor y os dejo el encargo de vengarme.» Muy contento por tener tal auxiliar y persuadido de que Hixem II vivía todavía, aceptó Khairan esta version sin discutirla

y como le prometía Alí, que si volvía á encontrarse á Hixem sería puesto de nuevo en el trono, se comprometió por su parte á reconocer á Alí en el caso en que se probara que Hixem había muerto.

Convenidas estas condiciones, Alí atravesó el Estrecho y rogó á Amir-ibn-Fotuh, gobernador de Málaga que le entregara la ciudad. Cliente de un cliente Omeya y por consiguiente muy inclinado ya á hacer causa comun con los Eslavos, Amir tenía además, agravios personales que vengar contra los Berberiscos porque uno de sus jeques le había quitado á Ronda. (1) Consintió pues en la demanda de Alí, el cual se dirigió enseguida á Almuñecar, donde se unió con Khairan y juntos marcharon á Córdoba.

Alí, no contaba solo con los Eslavos, sino también con gran parte de los Berberiscos. En general estos hacían poco caso de Soliman. Lo habían proclamado Califa por que por de pronto necesitaban de un pretendiente y habían encontrado á este por casualidad, pero como á su entender era de-

(1) Véase «Abbad,» t. I, p. 214,

masiado blando y no poseía talentos militares, únicos que ellos podían apreciar, lo despreciaban. Allí por el contrario les inspiraba respeto por su bravura y lo miraban como su compatriota. Juntóse á esto que Zawi, el mas poderoso de sus jeques que era entónces gobernador de Granada y el que había colocado á Soliman en el trono, profesaba á los Omeyas un ódio inveterado, porque la cabeza de su padre Zirí que había perecido en África en un combate que dió á los partidarios de aquella dinastía, había sido clavada en los muros del alcázar de Córdoba, donde estuvo hasta que él y los suyos tomaron y saquearon la capital. Este era un insulto que jamás había perdonado á los Omeyas. (1) Así que se declaró por Allí desde que este hubo levantado el estandarte de la rebelion. Su ejemplo influyó mucho en la conducta de los demás Berberiscos. Los que Soliman envió contra su competidor se dejaron vencer. «Emir, le dijo entónces un general berbe-

(1) Compárese á Ibn-Khaldun, «Historia de los Berberiscos,» t. II, p. 8 y 61 con Ibn-Haiyan «opad» Ibn-Bassan, t. I, fól. 122 r.

risco, si quereis conseguir la victoria es preciso que os pongais á nuestra cabeza.» Consintió, pero cuando llegaron cerca del campo enemigo cogieron su mula de la brida y lo entregaron á sus adversarios.

El Domingo 1.º de Julio del año 1016, Alí y sus aliados, hicieron su entrada en la capital. El primer cuidado de Khairan y de los otros esclavos, fué el de encontrar á Hixem II, pero con gran satisfaccion de Alí, sus pesquisas fueron inútiles. Alí preguntó entónces á Soliman, á presencia de los visires y de los ministros de la religion qué había sido de Hixem. «Ha muerto,» respondió Soliman sin dar á lo que parece más detalles. «En este caso, replicó Alí, dime donde está su sepulcro.» Soliman le indicó uno, y cuando lo abrieron desenterraron un cadáver que Alí enseñó á un criado de Hixem, preguntándole si era el de su amo. Este criado, que, á lo que se asegura, sabía que Hixem vivía aun, pero que había sido intimidado por Alí, hizo notar como prueba, un cliente negro, asegurando que Hixem había tenido uno igual. Su testimonio fué confirmado por otras personas que, ó querian insinuarse en el favor de Alí, ó que temian desagradarle, de

modo que los Eslavos se vieron obligados á admitir que el soberano legítimo había muerto, y á reconocer á Alí por sucesor. Por lo que toca á Soliman, Alí dió la órden de matarlo, lo mismo que á su hermano y á su padre; pero cuando llevaban á este último al suplicio, le dijo Alí:

—Vosotros habeis muerto á Hixem, ¿no es así?...

—Nó, le respondió este piadoso septuagenario, que absorto en sus ejercicios espirituales no había tomado ninguna parte en los acontecimientos políticos; tan cierto como Dios me oye, no hemos muerto á Hixem. Vive todavía.

Sin dejarle tiempo de decir mas, Alí que temía que hiciera acaso revelaciones peligrosas, hizo señal al verdugo de cortarle la cabeza. (1) Despues hizo enterrar de nuevo y con todos los honores reales, el cadáver que pasaba por ser el de Hixem II.

¿Había muerto en efecto este monarca? El espíritu de partido ha echado un velo espeso y casi impenetrable sobre esta cues-

(1) Estos detalles importantes se encuentran en Ibn-Haiyan y en Ibn-al-Athir. Abulfeda, (t. III, p. 28) ha copiado á este último.

tion. Ciertamente es que Hixem no volvió á aparecer, y que el personaje que mas adelante se presentó como tal, era un impostor. Pero por otra parte, nunca se ha probado suficientemente ni que Hixem fuera muerto por Soliman, ni de muerte natural en el reinado de este príncipe, y los clientes omeyas que le habian conocido afirman que el cadáver desenterrado por orden de Alí no era el suyo. Verdad es, que el mismo Soliman declaró á presencia de los hombres mas considerados de Córdoba, que Hixem habia cesado de existir, pero su testimonio nos parece sospechoso, y puede que Alí le hubiera prometido que si hacia esta declaracion le dejaría la vida. Además, Soliman no era sanguinario, y no es de presumir que hubiera cometido un crimen ante el que habia retrocedido hasta el feróz Mahdí. Debe notarse tambien que si Hixem hubiera muerto en su reinado, hubiera enseñado á los Cordobeses el cadáver de este monarca, como lo exigía la costumbre y su propio interés. Pretienden los clientes omeyas (1) que menospreciaba demasiado

(1) Véase «Abbad,» t. I, p. 222.

á los Cordobeses para hacerlo, pero olvidan que no menospreciaba á los Eslavos, que hacía todos los esfuerzos posibles para que lo reconocieran, y el mejor medio para conseguirlos hubiera sido convencerlos de la muerte de Hixem. Tenemos, en fin, el testimonio del anciano padre de Soliman, que apesar de la afirmacion contraria de su hijo, tomaba á Dios por testigo de que Hixem vivía todavía. ¿Mentiría este piadoso anciano en el momento de ir á comparecer ante el tribunal supremo? No lo creemos.

Todas estas razones nos inclinan á que hay algo de verdad en los relatos de las mujeres y de los eunucos del serrallo. Estos decían que Hixem había conseguido evadirse de palacio en el reinado de Soliman, y que despues de haber estado escondido en Córdoba, donde se había ganado la vida como un jornalero, se había ido al Asia. ¿Había favorecido Soliman su evasion, despues de haberle hecho jurar que no le inquietaría? ¿Quedó en relaciones con él, y sabía dónde estaba? Cuestiones son estas que sugieren las palabras del padre de Soliman, á las que no podemos dar respuesta positiva. Sin embargo, no nos parece improbable que Hixem, cansado de

ver servir su nombre de grito de guerra á ambiciosos que no le dejaban ni una sombra de poder, fuera á ocultarse en un oscuro rincón de Asia, y que terminára allí desconocido y sosegado, una vida llena de tormentos y de dolores.

Sea de esto lo que quiera. Allí reinaba ahora, y parecía que una era más feliz iba á comenzar. Aunque medio berberisco, el fundador de la dinastía Hammudita, se declaró desde luego por los Andaluces. Prestaba atento oído á los cantos de sus poetas que apenas comprendía, daba audiencia á todos los que querían hablarle, y se oponía con la mayor firmeza á las estorsiones de los Berberiscos. Castigaba con inexorable rigor los menores delitos contra la propiedad. Un día, por ejemplo, encontró á uno que llevaba una cesta llena de racimos sobre la silla. Le detuvo y le preguntó quién le había dado aquella fruta. Un poco aturcido con la pregunta, el ginete le respondió de buenas á primeras: «La encontré á mi disposición y la hé cojido.» Pagó su latrocinio con la cabeza. Allí meditaba una gran medida: quería devolver á los Cordobeses lo que los Berberiscos le habían quitado durante la guerra civil. Desgra-

ciadamente para los habitantes de la capital, la ambición de Khairán lo obligó á cambiar de repente de conducta.

Al principio Khairán, le sirvió con celo. En su provincia hizo detener y castigar á los que intrigaban en favor de los Omeyas (1) y si hubiera persistido en sostener la causa de Alí, no hubiera tardado en renacer la calma. Pero aspiraba á representar el papel de Almanzor y como conocía que Alí no era hombre para contenerse con el de Hixem II, concibió el proyecto de restablecer la antigua dinastía, salvo sin embargo reinar en su nombre. Buscó pues, un pretendiente y por el mes de Marzo de 1017 (2) lo encontró en la persona de un biznieto de Abderramen II que tenía el mismo nombre que su bisabuelo y que habitaba en Valencia. (3) Muchos Andaluces le prometieron su apoyo, de cuyo número fué Mondhir, gobernador de Zaragoza, de la familia de los Beni-Hachim, que marchó en efec-

(1) Ibn-Hazm, en mi catálogo, t. I, p. 225.

(2) Véase Maccari, t. I, p. 315, l. 19. Las mismas palabras se encuentran en Ibn-Haiyan.

(3) Ibn-Hazm, «loco laudato.»

to al Mediodía acompañado de su aliado Raimundo, conde de Barcelona. Vendido así, por el partido que favorecía y conociendo que el pueblo de la capital deseaba también el restablecimiento de los Omeyas, Alf se creyó obligado á tratar con rigor á los que había protegido hasta entónces y á echarse en brazos de los Berberiscos á quienes había perseguido. Dejóles, pues, de nuevo en libertad de tratar á Córdoba como país conquistado y él mismo les dió ejemplo. Para procurarse dinero, impuso contribuciones extraordinarias y haciendo detener á gran número de notables, entre los que se contaba Ibn-Djahwar, uno de los miembros mas considerados del consejo de Estado, no los puso en libertad hasta que les sacó sumas enormes. Á la injusticia juntó el ultraje, porque cuando estos notables salieron de la prision y sus criados les trajeron sus cabalgaduras, dijo: «Ellos pueden muy bien volver á su casa á pié, que se lleven esas bestias á mis caballerizas.» Ni siquiera fueron respetados los bienes de las mezcitas que provenían de legados pladosos. Valiéndose para ello de la mediacion de un faquí de alma vil, que se llamaba Ibn-al-Djaujar, Alf obligó á los guardadores á en-

tregárselos (1) Un terror sombrío reinaba en Córdoba. La ciudad era un hormiguero de agentes de policía, de espías y de delatores. No había justicia. Mientras que Alí había protegido á los Andaluces, los jueces habían mostrado por ellos gran parcialidad, pero era tanta su complacencia para con el poder que ahora no hacian ningun caso de las quejas que se les dirigían contra los Berbericos por justas que fueran. Muchas otras personas se habían vendido igualmente al monarca. «La mitad de los vecinos, dice un historiador contemporáneo, vigilaba á la otra mitad.» Las calles estaban desiertas, apenas pasaban por ellas mas que infelices tenidos por sospechosos que llevaban á la cárcel; los que no habían sido presos, se ocultaban en subterráneos y esperaban la noche, para comprar la dispensa. En su odio contra los Andaluces, Alí llegó á jurar destruir á Córdoba despues de echar ó de esterminar á sus habitantes. La muerte le dispensó de cumplir su juramento. Por el mes de Noviembre de

(1) Ibn-Haiyan «apud.» Ibn-Bassam t. III. fól. 141 r.

1017, había ido hasta Guadix á combatir á los insurrectos, pero las lluvias le habían obligado á volverse atrás. Se estaba ya en Abril de 1018 y como había sabido que los aliados habían avanzado hasta Jaen, anunció una gran revista para el 17, terminada la que, saldría á campaña, pero en vano lo esperaron los soldados el día prefijado y cuando los oficiales fueron á palacio, para informarse de la causa de su ausencia, se lo encontraron asesinado en el baño.

Este crimen había sido cometido por tres esclavos de palacio que habían estado ántes al servicio de los Omeyas. No tenían ninguna queja personal contra el monarca, pues gozaban de su favor y confianza, y no parece tampoco que fueran seducidos por Khairan ó por los Cordobeses. Por lo menos, cuando mas adelante fueron presos y condenados al último suplicio, ellos negaron constantemente que su proyecto les hubiera sido sugerido por nadie. Todo inclina, pues á creer que cuando resolvieron matar á su amo, querían librar al país de un déspota cuya tiranía se había hecho insoportable.

Sea de ello lo que quiera, la muerte de Alí causó gran alegría en la capital. Sin

embargo, no tuvo por consecuencia la caída de los Hammuditas. Allí había dejado dos hijos, de los que el mayor que se llamaba Yahya, era gobernador de Céuta y también un hermano, Casim, que era gobernador de Sevilla. Algunos Berberiscos querían dar el trono á Yahya, pero otros les hicieron observar que era mejor dárselo á Casim, que estaba mas cerca. Prevaleció su opinion y seis dias despues de la muerte de su hermano, Casim hizo su entrada en la capital, donde se le prestó juramento.

Por su parte Khairan y Mondhir habian convocado para el 30 de Abril á todos los jeques con quienes creían poder contar. La reunion, que fué numerosa, y de la que formaban parte muchos eclesiásticos, resolvió que el califato fuera electivo y ratificó la eleccion de Abderramen IV, que tomó el título de Mortadha. Hecho esto, marcharon contra Granada. Cuando llegó frente á esta ciudad, Mortadha escribió á Zawí en términos muy políticos intimándole que lo reconociera por Califa. Pero Zawí, habiendo escuchado la lectura de esta carta, mandó á su secretario que escribiera sobre el reverso la sura 109 del Co-

ran, concebida en estos términos:

«¡Oh infieles! Yo no adoraré lo que adorais y vosotros no adorareis lo que yo adoro; yo no adoro lo que vosotros adorais y vosotros no adorais lo que yo adoro. Vosotros teneis vuestra religion y yo la mía.»

Cuando hubo recibido esta respuesta Mortadha, dirigió á Zawí una segunda carta llena de amenazas en que decía entre otras cosas: «Marcho contra tí, acompañado de una multitud de cristianos y de todos los bravos de Andalucía. ¿Qué has de hacer?» Y terminaba con estos versos:

Si estais con nosotros vuestra suerte será feliz, pero si estais contra nosotros será deplorabile.

Zawí respondió citando la sura 102, concebida así:

«El deseo de aumentar el número de los vuestros os preocupa y visitais hasta los cementerios para contar los muertos; (1) dejad de hacerlo, mas tarde conoceréis vuestra locura. Por última vez dejad de hacerlo, mas tarde conoceréis vuestra locura. Dejad

(1) Véase la explicacion de estas palabras en una nota de Sale en su traduccion inglesa del Coran.

de hacerlo, si tuviérais la verdadera sabiduría no obraríais así. Ciertamente que habeis de ver el infierno; por última vez, lo habeis de ver con vuestros propios ojos. Entónces se os pedirá cuenta de los placeres de este mundo.»

Exasperado con esta respuesta Mortadha, resolvió tentar la suerte de las armas.

Sin embargo, Khairán y Mondhir se habían apercibido de que este Califa no era el que les hacía falta, ellos se preocupaban muy poco de los derechos de la familia Omniada y si combatían por un Omeya era á condicion de que se dejara gobernar por ellos. Mortadha era demasiado altivo para resignarse á semejante papel, no se contentaba con una sombra de autoridad y en lugar de conformarse á la voluntad de sus generales quería imponerles la suya. Estos resolvieron hacerle traicion y habían prometido á Zawí que lo abandonarían una vez empeñado el combate.

No lo hicieron sin embargo, y se batieron durante muchos dias consecutivos. Al fin Zawí pidió á Khairan que cumpliera su promesa. «Hemos tardado en hacerlo, le respondió éste, á fin de daros idea de nuestra fuerza y de nuestro valor, y si Mor-

tadha hubiera sabido conquistarnos ya la victoria estaría declarada por él. Pero mañana, cuando presentéis vuestras tropas en batalla, le abandonaremos.»

Á la mañana siguiente, Khalran y Mondhir volvieron, en efecto la espalda al enemigo. No todos sus oficiales aprobaron su conducta, antes por el contrario, muchos estaban grandemente indignados. De estos eran Soliman-Ibn-Hud, que mandaba las tropas cristianas en el ejército de Mondhir, y que sin dejarse arrastrar por los fugitivos, presentó sus tropas en batalla. Pasando cerca de él, le gritó Mondhir: «Sálvate miserable! ¿Crees que tengo tiempo de esperarte» — ¡Ah! exclamó entonces Soliman, tú nos has traído una horrible desgracia y cubres á tu partido de ignominial» Pero convencido, sin embargo, de la imposibilidad de resistir, siguió á su señor.

Abandonado por la mayor parte de los soldados, Mortadha se defendió con el valor de la desesperación, y poco faltó para que cayera en manos de sus enemigos. Escapó, sin embargo, y ya había llegado á Guadix, fuera de los límites del territorio granadino, cuando fué asesinado por emi-

sarios de Khairan.

Khairan expió con la ruina de su propio partido, su cobarde é infame traicion: los Eslavos no volvieron á encontrarse en estado de reunir un ejército, y sus enemigos los Berberiscos fueron desde entónces los dueños de Andalucía. Córdoba, sin embargo, hubiera podido ser todavía feliz tanto por lo menos como puede serlo un pueblo que es dominado por otro pueblo. El régimen militar había casi concluido, y un gobierno menos arbitrario y menos duro, tendía á consolidarse. Casim amaba la paz y el reposo, y nó agravaba las desdichas de los Cordobeses con nuevas opresiones. Queriendo hacer olvidar las antiguas diferencias, hizo venir á Khairan, se reconcilió con él y dió á Zohair, señor de Murcia, otro eslavo, los féudos de Jaen de Calatrava y de Baeza. Su ortodoxia era un poco sospechosa; se le creía afiliado á las doctrinas xiitas; sin embargo, cualesquiera que fueran su opiniones, no solo no se las impuso á nadie, sino que ni siquiera hablaba de ellas, y nada cambió en lo respectivo á la Iglesia. Gracias á su moderacion, la dinastía Hammudita tenía esperanzas de estabilidad. Verdad es que el

pueblo de la capital no la quería, pero á la larga se hubiera probablemente consolado de la pérdida de sus antiguos señores, si circunstancias independientes de su voluntad no hubieran hecho renacer casi ya muertas esperanzas.

Desconfiando de los Berberiscos, Casim buscó su apoyo en otra parte. Los Berberiscos tenían á su servicio muchos esclavos negros. Casim se los compró, formó con ellos regimientos y confió á sus jefes los empleos mas importantes. (1) Con esto irrito á los Berberiscos y su sobrino Yahya supo aprovechar su descontento. Escribióles una carta en que les decía entre otras cosas: «Mi tio me ha privado de mi herencia y con vosotros á cometido una gran sin razon, dando á vuestros esclavos negros los empleos que os pertenecen. Pues bien, si que-
reis darme el trono de mi padre, yo me comprometo á mi vez á devolveros vuestras dignidades y á poner de nuevo á los negros en el que les corresponde.» Como era fácil preveer los Berberiscos le prometieron su apoyo.

(1) Ibn-Haiyan, fól. 128 r.; Abd-al-wahid, página 45; Maccari, t. I, p. 316, 318.

Yahya pasó pues, el Estrecho con sus tropas y desembarcó en Málaga, donde su hermano Idris, que hacía causa comun con él, era gobernador. Allí recibió una carta de Khairan, que, pronto siempre á sostener á todo nuevo pretendiente, á reserva de volverse contra él cuando triunfaba, le recordaba lo que había hecho por su padre y le ofrecía sus servicios. Idris le aconsejó que no aceptara esta oferta. Khairan, le dijo, es un hombre pérfido y quiere engañaros.—Así lo creo, respondió Yahya, pero dejémonos engañar, puesto que no perdemos nada en ello,» y escribió al señor de Almería para decirle que aceptaba sus servicios, hecho lo cual, se preparó á marchar sobre Córdoba. Su tio juzgó prudente no esperararlo. En la noche del 11 al 12 de Agosto de 1021, huyó á Sevilla acompañado solo de cinco caballeros y al mes su sobrino hizo su entrada en la capital. Su reinado sin embargo, fué de corta duracion. Los negros no tardaron en unirse á Casim, muchos capitanes andaluces siguieron su ejemplo, y en fin, Yahya se vió abandonado por gran parte de los Berberiscos á quienes indignaba su orgullo. Su posicion llegó á ser tan peligrosa que á cada instante temía ser

preso en su propia casa. Resolvió ponerse en seguridad y dejando á Córdoba entregada á su suerte salió de noche para Málaga. Casim volvió entónces y el 12 de Febrero de 1023 fué proclamado Califa por segunda vez, pero su poder no descansaba sobre ninguna base sólida y disminuía cada vez mas. En África Idris, que era entónces gobernador de Céuta, le quitó la ciudad de Tanger que había hecho fortificar con esmero y á donde esperaba retirarse en caso de que no pudiera mantenerse de este lado del Estrecho, y en España, Yahya le quitó Algeciras donde estaban su esposa y sus tesoros. En la misma capital no podía contar mas que con los negros. Envalentados por este estado de cosas, los Cordobeses que habían visto con frialdad la lucha entre el tio y el sobrino, comenzaron á removerse. La idea de libertarse del yugo de los Berberiscos latía en el fondo de todos los pechos y se esparció el rumor de que no tardaría en presentarse un miembro de la familia de Omeya á posesionarse del trono. Casim se alarmó con esto y, como ningun Omeya hubiera sido designado, dió orden de prender á todos los que se encontraran. Ellos se ocultaron entónces ya

entre gente baja, ya en las provincias; pero las medidas de Casim no impidieron que estallara la revolucion.

Puestos en la última estremidad por las vejaciones de los Berberiscos, los Cordobeses tomaron las armas el 31 de Julio de 1023. Despues de un combate encarnizado, ambos partidos concluyeron una especie de paz ó mas bien de tregua, prometiendo respetarse mutuamente. Esta tregua fué de corta duracion, aunque Casim trató de prolongarla por una condescendencia simulada con el pueblo. El viernes 6 de Setiembre despues de los oficios divinos el grito de: *Á las armas! á las armas!* se oyó por todas partes y los Cordobeses arrojaron á Casim y á sus Berberiscos, si nó de los arrabales, al menos de la ciudad. Casim se estableció al Oeste y asedió á los Cordobeses durante mas de cincuenta dias. Estos se defendieron con gran tenacidad, però cuando comenzaron á carecer de víveres, pidieron permiso á los sitiadores para salir de la ciudad con sus mugeres y con sus hijos. Esta proposicion fué denegada y entónces tomaron los Cordobeses una resolucion que solo la desesperacion pudo dictarles. Demoliendo una puerta salieron todos de la

ciudad el jueves 31 de Octubre y cayeron con tanta furia sobre sus enemigos que estos huyeron en el mayor desorden. Los capitanes se retiraron á sus feudos, el mismo Casim esperaba encontrar un refugio en Sevilla, pero esta animada con el ejemplo de Córdoba, le cerró las puertas y se constituyó en República. Metióse entónces en Jerez, Pero Yahya, vino á sitiario y lo obligó á rendirse. Entónces concluyó el papel que había desempeñado en la escena política. Yahya que lo había llevado á Málaga cargado de cadenas, había jurado matarlo, pero sus escrúpulos le impidieron por mucho tiempo cumplir su juramento. Se figuraba ver á su padre en sueños, que le decía: «No mates á mi hermano, yo te lo ruego. Cuando yo era niño me hizo mucho bien y, aunque era mayor que yo, no me ha disputado el trono.» Sin embargo, algunas veces, cuando estaba borracho, quería matarlo, pero siempre cedía á los consejos de sus convidados que le hacían presente, que estando preso Casim no podía perjudicarle. Casim permaneció pues, encerrado durante trece años en un castillo de la provincia de Málaga, pero en el de 1037, Yahya oyó decir que había tratado de ganar la guarnicion

y de inducirla á la rebeldía. «¡Qué! exclamó entónces ¿todavía este viejo tiene ambicion? En este caso es preciso acabar con él,» y dió la órden de estrangularlo. (1)

Habiendo recobrado los Cordobeses su independencia, resolvieron, no tumultuariamente sino con órden y con regularidad, volver á colocar á los Omeyas en el trono. En el mes de Noviembre de 1023, quedaron constituidas las juntas y comenzaron las deliberaciones. Los visires resolvieron proponer á la eleccion de sus ciudadanos tres personas, á saber: Soliman, hijo de Abderramen IV, Mortadha; Abderramen, hermano de Mahdí, y Mohamed ibn-al-Iraki. Estaban tan convencidos de que Soliman cuyo nombre habían puesto á la cabeza de la lista, obtendría mayoría de votos que, el secretario de Estado Ahmed-ibn-Bord, había hecho ya redactar el acta de investidura á nombre de este candidato.

Su influencia sin embargo, era menor de

(1) He creído que debía preferir el testimonio del autor copiado por Maccari, (t. I, p. 319,) cuyo relato es mas circunstanciado al de Homaidi («apud Abd-el-wahid, p. 37.)

lo que se imaginaban y se habían equivocado grandemente figurándose que el partido del segundo candidato no era de temer. Este Abderramen, jóven de veintidos años que había sido desterrado por los Hammuditas, había vuelto secretamente á la capital poco ántes. Testigo de la rebellion de los Cordobeses contra los Berberiscos, trató en esta ocasion de formarse un partido y de proclamarse Califa. Este proyecto se había frustrado. Los visires que dirigian la insurreccion y que no lo querían, habían hecho meter á sus emisarios en la cárcel donde estaban todavía, cuando tuvo lugar la eleccion y hasta habían tratado de arrestar al mismo Abderramen. Sin embargo, cuando formaron la lista de candidatos, creyeron que debían colocarlo en ella, temiendo si nó lo hacían, descontentar á algunos de sus conciudadanos, pero tan léjos estaban de pensar que este príncipe había de ser para Soliman un temible competidor que lo colocaban poco mas ó menos en la misma línea que á Mohamed ibn-al-Iraki, que no gozaba de ninguna popularidad.

Creyéndose, pues, seguros del triunfo, los visires invitaron á los nobles, á los soldados y al pueblo, á reunirse en la Mez-

quita mayor el 1.º de Diciembre, á fin de elegir Califa. En el dia prefijado, el primero que se presentó fué Soliman acompañado del visir Abdallah Ibn-Mokhamis. Iba vestido con magnificencia y rebozaba en su semblante la alegría, porque estaba convencido de que en él iba á recaer la eleccion del pueblo. Sus amigos le salieron al encuentro, y le rogaron que se sentara en un estrado muy elevado, que estaba preparado para él. Algun tiempo despues, Abderramen entró en la Mezquita por otra puerta. Venía rodeado de muchos obreros y soldados, y en cuanto aquella multitud pasó el umbral de la puerta, le proclamó Califa, enmedio de atronadoras aclamaciones. Los visires, que no esperaban semejante cosa, quedaron sumidos en un estupor que los dejó mudos, aparte de que hubiera sido imposible hacerse oír en aquel tumulto. Se resignaron pues, á aceptar á Abderramen como Califa, y Soliman mas asombrado y más turbado todavía que ellos tuvo que daries ejemplo. Lo arrastraron á presencia de Abderramen, á quien besó la mano, y que lo hizo sentar á su lado. El tercer candidato, Mohamed-ibn-al Iraki, prestó tambien juramento, y entónces él


Secretario de Estado borró con un raspador el nombre de Soliman, del acta de investidura, y substituyó el de Abderramen V, que tomó el título de Mostadhir.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y General
CONSEJERIA DE CULTURA

XVII.



P. C. Monumental de la Alhambra y Generalif
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCÍA

Cuando se refiere la historia de un período desastroso, desgarrado por guerras civiles, se experimenta á veces la necesidad de apartar los ojos de las luchas de los partidos, de las convulsiones sociales, de la sangre vertida, y distraer la imaginación hácia un ideal de calma, de inocencia y de ilusiones. Detengámonos, pues un instante para fijar la atención en los poemas que un amor puro y cándido inspiró al joven Abderramen V y á su visir Ibn-Hazm. Se exhála de ellos como un perfume de juventud, de sencillez y de dicha,

y tienen un atractivo tanto mas irresistible, cuanto que ménos se esperan oír estos acentos dulces y tranquilos en medio del trastorno universal, este canto de ruiseñor en medio de la borrasca.

Casi niño todavía, Abderramen amaba perdidamente á su prima Habiba (Amada,) hija del Califa Soliman. Pero suspiraba en vano. La viuda de Soliman se oponía al matrimonio, y le daba á entender que por nada cedería. Entónces él compuso estos versos, donde el sentimiento de la dignidad herida, se manifiesta al lado de un amor profundo:

¡Siempre pretestos para no concederme mi demanda, pretestos contra los cuales se rebela mi dignidad! Su ciega familia quiere obligarla á que se me niegue, ¿pero puede la luna negarse al sol? ¿Cómo la madre de Habiba que conoce mi mérito, puede no quererme por yerno?

Yo amo mucho, sin embargo, á esta jó-
ven hermosa y cándida de la familia de
Abd-Chamz, que lleva una vida tan reti-
tirada en el haren de sus padres; yo la hé
prometido servirla como esclavo toda mi
vida, y le hé ofrecido mi corazon por
dote...

P.C. Monumental de la Alhambra y General
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA

Como el gavilán cae sobre la paloma que despliega sus alas, yo me he lanzado desde que la ví, sobre esta paloma de los Abd-Chamz; yo que soy de su misma ilustre familia.

¡Cuán bella es! Las pléyades la envidian la blancura de sus manos, y la Aurora está celosa del brillo de su cuello.

Tú has impuesto á mi amor un ayuno muy largo ¡oh amada mía! ¿que te habla de suceder si me permitieras romperlo?

En tu casa busco remedio á mis males: en tu casa, sobre la cual quiera Dios repartir sus bendiciones. Allí es donde mi corazón hallaría alivio á mis penas; allí es donde se extinguiría el fuego que me devora.

Si me rechazas, prima mía, te juro que rechazas á un hombre que es tu igual por su nacimiento, y que por el amor que le has inspirado, tiene un velo delante de sus ojos.

Pero no desespero de poseerla un día y llegar así al colmo de mi gloria, porque sé manejar la lanza cuando los caballos negros parecen rojos á fuerza de sangre; honor y respeto al extranjero que se ha abrigado bajo mi techo, y colmo de beneficios al desdichado que apela á mi generosidad. Ninguno en su familia merece poseerla mas que yo, porque ninguno me iguala en reputación ni en gloria. Tengo todo lo que

es menester para agradarla: juventud, urbanidad, dulzura y elocuencia.

Se ignora cuáles eran los sentimientos de Habiba, respecto al jóven, los escritores árabes nos han dejado en la incertidumbre y en la vaguedad, acerca de esta bella y fugitiva aparicion, de que la fantasía desearía diseñar los rasgos. Ella, sin embargo, no parece haber sido insensible á los homenajes de Abderramen. Hablándole encontrado un dia, sus ojos se bajaron ánte las miradas de fuego del príncipe, ruborizóse, y en su turbacion se olvidó de devolverle su saludo. Abderramen interpretó equivocadamente esta falta aparente de urbanidad, que en realidad no era mas que púdica timidez y compuso este poema:

Salud á la que no se ha dignado dirigirme ni una sola palabra; salud á la graciosa gacela cuyas miradas son otras tantas flechas que me traspasan el corazon. Jamás ¡ay! me envía ella su imágen para calmar la agitacion de mis sueños. ¿Nó sabes tú, cuyo nombre es tan dulce de pronunciar, que te amo sobre todo enca-

recimiento, y que sería para tí el amante mas fiel del mundo? (1)

No parece que obtuvo nunca la mano de Habiba y en general no fué feliz en sus amores. Verdad es que otra hermosa no fué esquiva para él; pero mas adelante le faltó á la fé prometida; testigo estos versos que le dirigió:

¡Ay! ¡Cuan largas son las noches desde que prefieres á mi rivall ¡Oh hermosa gacela, tú que has faltado á tus juramentos y que me has hecho traicion, ¿has olvidado aquellas noches que hemos pasado juntos en un lecho de rosas? El mismo chal ceñía entónces nuestras espaldas, nos entrelazábamos, como se entrelazan las perlas de un collar, nos abrazábamos como se abrazan las ramas de los árboles, nuestros dos cuerpos no formaban mas que uno, mientras que las estrellas parecian puntos de oro que brillaban en campo azul. (2)

El jóven Abderramen tenía un amigo que

(1) Ibn-al-Abbar, p. 165, 166. El man. de Ibn-Bassam, (t, I, fól. 11 r. y v.,) nos ha servido para corregir algunas faltas en estos textos.

(2) Maccari, t. I, p. 285; variantes en Ibn-Bassam, t, I, fól. 11 v. 12 r.

se le parecía en muchas cosas y á quien hizo su primer ministro; Alí-ibn-Hazm. Sus abuelos que habitaron en el término de Niebla, fueron cristianos hasta que su bisabuelo (Hazm) abrazó el islamismo; pero él avergonzado de su origen y queriendo borrar la huella, renegaba de sus abuelos. Lo mismo que su padre (Ahmed) que había sido visir en tiempo de los Amiridas, pretendía descender de un Persa emancipado por Yezid, hermano del primer Califa Omeya Moawia, (1) y para la religion de sus padres no tenía mas que un soberano desden. «Nunca debemos admirarnos de la supersticion de los hombres, dice en algun lugar de su Tratado sobre las Religiones. Los pueblos mas numerosos y mas civilizados, están sugetos á ella. ¡Ved los Cristianos! Son tan numerosos, que sólo su Creador puede contarlos; hay entre ellos sábios ilustres, y príncipes de rara sagacidad, y sin embargo, creen que uno es tres y tres son uno; que uno de los tres es el padre, el otro el hijo, y el tercero el espíritu; que

(1) Véase mi catálogo de los man. orient, de la Bib. de Leiden, t. I, p. 227.

el padre es el hijo y que no es el hijo; que un hombre es Dios y que no es Dios; que el Mesías es Dios enteramente, y que sin embargo, no es el mismo que Dios; que el que ha existido de toda eternidad ha sido creado. La secta que se llama de los Jacobitas, y que comprende centenas de millares, cree tambien que el Creador ha sido azotado, abofeteado, crucificado y muerto; en fin, que el universo ha estado privado duramente tres dias de aquel que lo gobierna....» (1) Estos sarcasmos, por lo demás, no son de un escéptico, sino de un musulman muy celoso. Ibn-Hazm, sostenía en religion el sistema de los Dhahiritas, secta que se atenía estrictamente á los textos, y que llamaba la decision por analogía, es decir, á la intervencion de la inteligencia humana en las cuestiones de derecho canónico, una invencion del diablo. En política estaba por la dinastía legítima, de la que había llegado á ser cliente, gracias á una falsa genealogía, y los Omeyas no tenían servidor mas leal, mas adicto, ni mas entusiasta. Cuando

(2) Ibn-Hazm, «Tratado de las Religiones,» fól. 227 r.

do su causa parecía perdida irrevocablemente, cuando Ali-Ibn-Hammud ocupaba el trono, y hasta el mismo Khairan, jefe del partido eslavo, lo había reconocido, fué de los pocos que no perdieron el ánimo. Cercado de enemigos y de espías, continuó sin embargo, intrigando y conspirando, porque como es propio de los espíritus entusiastas, la prudencia le parecía cobardía. Khairan descubrió sus manejos, y haciéndole expiar su celo intempestivo con muchos meses de prision, lo condenó al destierro. Ibn-Hazm se fué entonces con el gobernador del castillo de Aznalcázar, no lejos de Sevilla, y allí estaba todavía cuando supo que el Omeya Abderramen IV, Mortadha, había sido proclamado Califa en Valencia. Embarcóse al punto para ir á ofrecerle sus servicios y combatió heroicamente en la batalla que Mortadha perdió por la traicion de sus pretendidos amigos; pero habiendo caido en manos de los Berberiscos vencedores, no recobró la libertad, sino muy tarde. (1)

Tiempo llegará en que Ibn-Hazm llegue

(1) Véase mi Catálogo, t. I, ps. 225, 230.

á ser el sábio mas grande de su época, y el escritor mas fecundo que España haya producido nunca. Pero por el pronto era ante todo poeta, y uno de los poetas mas graciosos que tuvo la España árabe. Estaba todavía en la edad feliz de las ilusiones, pues no tenía mas que ocho años mas que su jóven soberano. Había tenido tambien su novela de amor; novela muy sencilla por lo demás, pero que cuenta con tanto candor, delicadeza y gracia, que no podemos resistir á la tentacion de reproducirla con sus propias palabras. Nos vemos, sin embargo, obligados á suprimir algunas metáforas atrevidas, algunos adornos, algunas lantejuelas que en la opinion de un árabe, dan al discurso inimitable gracia, pero que toleraría difícilmente la sobriedad de nuestro gusto.

«En el palacio de mi padre, dice Ibn-Hazm, había una jóven que recibía allí su educacion. Tenía diez y seis años y no había mujer que la igualara en belleza, en inteligencia, en pudor, en recato, en modestia y en amabilidad. Las chanzas y los galanteos la enfadaban y hablaba poco. Nadie se atrevía á elevar sus deseos hasta ella, y sin embargo, su belleza conquis-

taba todos los corazones; porque aunque altiva y avara de sus favores, era mas seductora que la coqueta mas refinada. Era seria y no gustaba de las diversiones frívolas, pero tocaba el laud de un modo admirable.

Yo era entónces muy jóven y no pensaba mas que en ella. La oia hablar algunas veces, pero siempre en presencia de otras personas, y durante dos años había buscado, en vano, la ocasion de hablarla sin testigos. Un dia, había en nuestra casa una de esas fiestas que son frecuentes en los palacios de los grandes, y á la que habian sido invitadas las mujeres de la casa, las de la de mi hermano, y en fin las de nuestros clientes y servidores mas considerados. Despues de haber pasado parte del dia en palacio, las señoras fueron al berveder, desde donde se disfrutaba una magnífica vista de Córdoba y de sus alrededores, y se colocaron donde los árboles de nuestro jardin no quitaban la vista. Yo estaba con ellas y me aproximé al alfeizar donde «ella» se encontraba; pero en cuanto me vió á su lado, corrió con graciosa rapidéz hácia otro alfeizar. La sigo, y se me escapa de nuevo. Ella conocía muy bien

mis sentimientos respecto á su persona, porque las mujeres tienen mas sutileza para adivinar el amor que les profesan, que el Beduino que viaja de noche por el desierto, para reconocer las trazas del camino; pero felizmente, las otras damas no se apercebieron de nada, porque ocupadas en buscar el mejor punto de vista, no fijaban su atencion en mí.

Habiendo luego bajado las damas al jardin, rogaron á la señora de mis pensamientos que cantara alguna cosa, y yo apoyé su demanda. Ella tomó entónces su laud y se puso á templararlo, con un pudor que doblaba sus gracias á mis ojos, y luego cantó estos versos de Abbás, hijo de Almaf:

Yo no pienso mas que en mi sol, en la jóven ligera y flexible que hé visto desaparecer tras las sombrías murallas de palacio. ¿Es una criatura humana? ¿Es un génio? Es mas que una criatura humana, pero si tiene toda la belleza de un génio, no tiene su malicia. Su cara es una perla, su talle es un narciso, su aliento un perfume, y toda ella una emanacion de luz. Cuando se la vé vestida con su ropa amarilla, marchar con ligereza inconcebible, se

diría que puede poner los pies sobre las cosas mas frágiles, sin romperlas.

Mientras que ella cantaba, no eran las cuerdas del laud las que hería con el plectro, sino mi corazón. Jamás este delicioso día se borrará de mi memoria, y hasta en mi lecho de muerte yo lo recordaré. Pero desde entonces yo no he escuchado su dulce voz, ni siquiera la he visto.

No la censuro, decía yo en mis versos, si me evita y me huye no son censuras lo que merece. Bella es como la gacela y como la luna, pero la gacela es tímida, y no es dado á un mortal alcanzar la luna.

Me privas de la dicha de escuchar tu suave voz, decía yo también, y no quieres que mis ojos contemplen tu belleza. Absorta en tus piadosas meditaciones, entregada á Dios, no piensas en los mortales. ¡Cuán feliz Abbas, cuyos versos has cantado! Y sin embargo, si te hubiera oído, estaría triste el gran poeta, envidia te tendría como á su vencedor, porque, cantando sus versos, les has dado un sentimiento de que nunca tuvo idea.

Tres dias despues que Mahdi fué declarado Califa, dejamos nuestro nuevo palacio, que estaba en el barrio oriental de Córdoba, esto es, en el arrabal llamado de Zahira, para establecernos en nuestro antiguo palacio situado en el barrio occidental, en el Balat-Moghith, pero por razones que es escusado poner aquí, la jóven no se vino con nosotros. Habiendo vuelto luego á subir al trono Hixem II, los que estaban entónces en el poder nos hicieron caer en desgracia, nos sacaron sumas enormes, nos pusieron en prision, y cuando recobramos la libertad tuvimos que escondernos. Vino la guerra civil. Todo el mundo tuvo que padecer, pero nuestra familia mas que ninguna otra. Mi padre murió entretanto, el Sábado 21 de Junio de 1012 y nuestra suerte no se mejoró. Pero un dia en que yo asistía á los funerales de uno de mis parientes, conocí á la jóven entre las plañideras. Yo tenía muchos motivos de tristeza aquel dia, todas las desgracias, parecian llover sobre mí, y sin embargo, cuando la volví á ver, me figuraba que el presente con sus miserias desaparecería como por encanto: ella me recordaba lo pasado, mi amor de jóven, mis hermosos dias mar-